

VII

PASADO

Guarda Guadalajara en su recinto dos reliquias seculares que son como el *palladium* místico de la vieja ciudad, y simbolizan un mundo de recuerdos gratos en el pasado de sus hijos. Testimonio de acendrada piedad y culto fervoroso e incesante es, la una, el Santo Cristo Milagroso de La Ermita, verdadera joya de arte excelso; se conoce y admira la otra con el nombre de San Antonio de Padua de La Iglesia.

Para hablar de la primera de esas reliquias en estas páginas, necesito remontarme con el pensamiento a los risueños días de la niñez, cuando, llevado de la mano por mi piadosa madre, entraba conmovido en el claro camarín, decorado con espejos venecianos y colgaduras sombrías, donde, sobre mullida alfombra, en medio de guardabrisas de cristal y floreros de porcelana, colmados de azucenas y *toritos* (1) y sostenida

(1) El *torito* es la flor anual de una parásita poco común, que se encuentra en los bosques de la parte templada, de la cordillera central, y se consigue aclimatar algunas veces en los huertos de Guadalajara. Es de un hermoso amarillo de oro, de pétalos carnudos, jaspeados de negro; guarda en su aterciopelado cáliz una fragancia singular y deliciosa, que se aspira desde mucha distancia, y sus estambres salientes figuran con exactitud dos cuernecillos dorados, circunstancia que le ha valido el nombre que lleva. Los pocos ejemplares de esta preciosísima flor que se obtienen en las selvas de las inmediaciones y en los jardines de la ciudad, se destinan siempre como ofrenda a la imagen del Santo Cristo Milagroso.

en una cruz de carey, cuya peana surgía de un enconchado de plata maciza, se levantaba la efigie trágica del Crucificado, con la mirada casi extinta, el cuerpo lacerado por los estigmas del martirio, manchado el dulce, moribundo rostro por la saliva del sayón... Es así como lo ven los ojos de mi alma, al través de los espacios del tiempo: hermoso y sublime en el desenlace tremendo del sacrificio; de una corrección suprema, como obra de arte que mi mente infantil encontraba de una belleza soberana... Y no quiero verlo de otro modo; porque si hoy encaminara mis pasos hacia ese camarín; si mis miradas de hombre analizaran hoy los delineamientos severos de esa efigie, si quiera me enviara Dios, en su misericordia, raudales purísimos de fe, de esa fe que hace la dicha y la riqueza de la infancia, hasta igualar al niño con el ángel, y eleva a la categoría de santos a los humildes carboneros, acaso vendrían las importunas e inexorables exigencias del criterio estético a mostrarme en esa misma venerada escultura la obra imperfecta de un arte primitivo, y no es a eso ¡no! a lo que aspira mi sed de emoción y de recuerdos.

¡Cómo, arrebatado por el prestigio mágico de la ilusión, vuelvo a esos días sagrados de fe y entusiasmo, e imagínome que escucho aún, cual si fuera el eco de una música lejana, el acento de la voz de mi madre, que narra, llena de ternura y unción, la poética conseja en que funda el pueblo guadalajereño la aparición del Santo Cristo Milagroso!...

Paréceme que me encuentro en ese camarín, postrado de rodillas y con las manos juntas, en actitud de orar, contemplando, lleno de pavoroso respeto, el cárdeno semblante del Redentor Mártir; y que ante mi mente asombrada de niño pasan, como los fantásticos cuadros de una pieza de magia, las sencillas y conmovedoras escenas de la imperecedera leyenda... Como trescientos años antes, el Guadalajara corre por el mismo sitio que hoy ocupa el templo, y en sus márgenes desiertas, a la sombra de añosos guaduales, se alza la ruínosa cabaña de una desvalida viejecilla, que ejer-

ce la humilde profesión de lavandera. Aquella pobre mujer vive sola; y como todas las almas sensibles, a las que el aislamiento y el silencio llevan a la meditación del gran misterio de lo infinito y de lo santo, ella piensa frecuentemente en el prodigio de la Redención del hombre, y es el pensamiento de Jesús Crucificado, en la advocación de la Buena Muerte, lo que más excita su piadoso fervor. En su fe candorosa y sencilla deplora como verdadera desgracia no poseer una imagen del sacrosanto objeto de su culto, para rendirle en su soledad la más constante adoración; y como este noble y piadoso sentimiento se convierte en el sueño dorado de su callada vida, ya no piensa en otra cosa que en la adquisición de los medios de procurarse la posesión de la anhelada efigie, siquiera sea hecha de tosca madera y de restringidas dimensiones, por lo cual pone de lado todos los días una porción mezquina de lo muy poco que su trabajo la procura. . . Desvanécese la agreste visión, y mi fantasía vuelve a encontrar a la anciana lavandera que, en posesión ya, con el trascurso del tiempo, de la suma ambicionada, acude presurosa una mañana a casa del párroco del lugar, para confiarle el encargo del *cam-bio* de la imagen. . . Pocos pasos la separan aún de su choza, cuando, al abandonar la vereda que del bosque conduce a la pajiza habitación cural, encuentra a un compadre suyo y amigo muy querido, a quien dos corchetes conducen a la cárcel. El buen hombre es padre de familia y muy pobre; solloza como un niño e implora la misericordia de los implacables alguaciles. Interrógalo la anciana lavandera acerca de los motivos que determinan la penosa situación en que lo encuentra, y el infeliz la dice que, habiéndose cumplido el plazo para el pago de la suma de setenta reales que adeuda a un mercader del poblado, y no permitiéndole cumplir con ese deber el mal resultado de la cosecha, se ve conducido a prisión, y esto, agrega con sollozos que parten el alma, en momentos en que su pobre esposa yace moribunda en el lecho del dolor, y sus míseros hijos carecen de un pan para satisfacer

el hambre... Setenta reales forman justamente la suma acumulada con tanto trabajo y economía para *cambiar* la efigie del Crucificado, que la buena mujer desea adquirir... —“¡No!, se dice interiormente, conmovida hasta el llanto; no se diga, ni Dios lo consienta, que pudiendo librar de desgracia tan grande a un prójimo mío, y además, mi compadre, me excuse yo de hacerlo!” Y alzando la voz: —“Enjague ese llanto vuesa merced, exclama: yo le daré en préstamo, para que vuesa merced pueda librarse de la cárcel y torne al lado de los suyos, la suma que necesita para ello. ¡Aquí está!” Y vacía en las manos del asombrado labriego el contenido de su exigua bolsa... —Cambia la escena, como si el conjuro de una de esas hadas que forman el encanto de los cuentos de la niñez interviniese en el desarrollo de mi visión, y contemplan mis ojos de nuevo las selvosas orillas del Guadalajara, y en la pedrosa playa, al borde del agua, veo a la viejecilla lavandera, contraída a su habitual tarea. El día es hermoso; claro muéstrase el cielo, lleno de luz y de alegría; cantan las aves en las frondas; alborotan las diáfanas corrientes con voces de niñas que retozan; los olores del monte saturan el ambiente con las esencias del poleo y del tomillo... De improviso una ola más fuerte que las otras arroja en las manos de la lavandera un objeto brillante, así como repulida joya, que en el primer momento toma la anciana por travieso pececillo e intenta arrojar de nuevo a la corriente; pero observa al punto que es un cuerpo duro, que sus ya cansados ojos no pueden ver muy bien... ¡Un Santo Cristo, en fin no más grande que el dedo meñique!... ¡Oh maravilla! ¡Oh sorpresa! Pero también, ¡oh gozo infinito el de aquella alma sencilla y piadosa!... Postrada de hinojos, da gracias a Dios por el beneficio que la otorga con el dón de la preciosa y anhelada imagen; y, levantándose, se dirige al punto a su choza, en donde, llena de veneración y reconocimiento, la guarda solícita dentro de una cajita de madera, que coloca en sitio preferente... Desaparece el alegre cuadro, y sucédele otro en el que

veo a la viejecilla, quien, temblorosa y conmovida, se acerca al lugar en donde ha colocado el Cristo aparecido; y al ver que éste ha roto las tablas de la cajilla que lo encerraban, por efecto de su crecimiento en muchos centímetros, cae, postrada por la admiración, pudiendo, apenas, dar crédito a lo que su ojos contemplan... ¡Qué prodigio!... El mismo extraordinario suceso continúa efectuándose, hasta alcanzar la sagrada efigie las proporciones de un hombre de mediana estatura...

¡Oh misteriosa poesía de las almas sencillas y creyentes, cuán bellos y consoladores son los sueños con que prestas vida al pensamiento que sabe elevarse sobre las miserias de la existencia hasta las regiones de la sublime beatitud! ¿Qué valen los fríos razonamientos de la filosofía, qué las conclusiones desalentadoras del análisis racionalista, en presencia de esas risueñas imágenes, albores de auroras celestiales que nunca verán extinguida su rosada luz?...

Las generaciones han venido sucediéndose unas en pos de otras con la regularidad impuesta por Dios al desarrollo del plan maravilloso de la obra providencial; y las multitudes se han prosternado unas después de otras a los pies de la imagen sacrosanta del Crucificado, en Guadalajara, para ofrecer la oblación de todos sus dolores y sus miserias, sus amarguras, sus esperanzas y sus aspiraciones... ¿Qué hay, pues, de extraño en que la poesía del recuerdo cubra con el velo sutil de la ilusión el encanto de esos días felices de la niñez, en que brotan en nuestra alma, al impulso de la voz de una madre, sentimientos sublimes que siempre dejan raíces profundas en el corazón?...

*

* *

Más de una vez he contemplado absorto, templos maravillosos que demuestran el poderío del Catolicismo, como San Pedro en Roma, obra de gigantes, a cuya edificación contribuyeron todos los pueblos de la tierra, cuál con un millón, cuál con un óbolo, cuál

UNIVERSIDAD NACIONAL
Facultad de Sociología

con una columna de mármol, cuál con un grano de arena; como la Catedral de Sevilla, de la que, cuando estaba en proyecto, dijo el Capítulo de aquella ciudad: "Levantemos un templo de tal manera magnífico, que haga decir a la posteridad que estábamos locos cuando lo concebimos"; y no obstante esto; no obstante el trascurso del tiempo, ese ogro que devora con avidez nuestras más queridas ilusiones; desengaños y pesares, viajes, contratiempos y alegrías, no han conseguido extinguir en mí el poético entusiasmo que llena mi corazón y puebla de imágenes risueñas mi mente cuando visito nuestra humilde iglesia parroquial, y en ella el apartado y oscuro rincón que guarda la pila en donde todos los hijos de Guadalajara hemos sido bautizados y que, según lo afirman tradiciones autorizadas, es contemporánea de la fundación de la ciudad; cuando, al encontrarme allí, torno al recuerdo de los días dichosos de la niñez, tan gratos, ¡ay! pero que nunca volverán; días que aparecen en la memoria iluminados por una luz divina y como envueltos en un ambiente oloroso a flores que carecen de nombre... Y en esa iglesia me postré tembloroso a los pies del anciano sacerdote que recibió mi primera confesión de niño; y en ella comulgué la vez primera; y en ella... ¡Ah! ¿para qué recordar tantas cosas que son como un raudal de sensaciones dulces, que va a morir en el crepúsculo casi invisible de horas desaparecidas para siempre?...

En la iglesia parroquial se encuentra el cuadro de San Antonio de Padua, única obra artística de verdadero mérito que posee la ciudad de Guadalajara; pero de un mérito tan sobresaliente, que ella sola vale por cientos de obras de mérito dudoso o mediano. San Antonio, santo eminentemente popular y venerado en todos los países católicos, ha suministrado feliz asunto a pintores de gran celebridad para crear cuadros inmortales: dígalos, para no mencionar sino uno solo, el famoso San Antonio, de Bartolomé Esteban Murillo, español, que se admira en el museo de Se-

villa y pasma y asombra a cuantos tienen la dicha de contemplarlo.

Carece la iglesia parroquial de Guadalajara de documentación relativa al San Antonio, por la cual pudiera conocerse con seguridad el nombre de su autor y también los pormenores curiosos de su historia, pues no hay cuadro célebre que no la tenga; y si no, dígalo el Pasma de Sicilia, de Rafael de Urbino, que se encuentra en el Museo Real de Madrid, y cuyas aventuras parecen cosa de novela. Personas de edad avanzada pero de memoria fresca, afirman que San Antonio perteneció primitivamente a la casa conventual que los padres de la Compañía de Jesús poseyeron en esta ciudad en siglos pasados; y que, al ser expulsados estos religiosos de los dominios españoles por la Real Pragmática de Carlos III (1767), los de Guadalajara partieron al destierro y dejaron destinado para la iglesia (que se reconstruía a la sazón) el cuadro de San Antonio, así como un bello San José, pintado en hojalata, que aún se conserva en ella.

Cuanto al autor de ese cuadro, las opiniones son varias; unos creen que pertenece a la escuela italiana del siglo XVI, en lo cual, en mi humilde sentir, andan acertados, ya diré por qué; otros, con más generosidad que justicia, lo atribuyen a Angelino Medoro, pintor romano que vivió algún tiempo en la ciudad de Cali, en el siglo XVII. Los que está último aseveran se fundan en que en el ángulo izquierdo de la parte inferior se ve el monograma del expresado Medoro, constituido por las iniciales de su nombre y de su apellido, artísticamente entrelazadas; pero la comparación de los cuadros de este pintor, que se ven en el convento de los padres Franciscanos, de Cali, con el San Antonio de Guadalajara, demuestra, aun a las miradas menos ejercitadas en materia de pintura, que no fue Medoro el autor de éste, y sí, quizás, retocador de algunos desperfectos insignificantes, o acaso del marco únicamente; pero, conocedor entendido de gran mérito de esa tela, quiso aprovechar la ignorancia o poca atención de las gentes del país y aspiró a inmor-

talizarse, poniendo la cifra de su nombre a un ladillo, a la manera de quien quiere y no quiere la cosa, como rúbrica de autor. Esta grosera superchería no puede engañar a quienquiera que estudie con discreto juicio el asunto, pues basta ver, repito, cualquier otro cuadro de Medoro, que también los hay en Bogotá y en otras ciudades de la república, para persuadirse de tal verdad; sin que por ello quiera yo decir que este último no fue un pintor distinguido.

Por el mismo método de comparación que si no es infalible, por lo menos de los más adecuados, a falta de otro, se viene al convencimiento de que el San Antonio de Guadalajara es obra del Ticiano, por más que parezca atrevido tal concepto. Esto no tiene nada de raro si se piensa en que la Compañía de Jesús, rica, influyente y notable siempre por el saber, cuidó mucho en los tiempos de oro del arte de enriquecer sus conventos e iglesias con obras escogidas de pintores y escultores célebres. En el Museo Brera, de Milán, se encuentra el renombrado San Jerónimo del Ticiano; y es tal la semejanza que se observa en la expresión, y tan resaltantes son en nuestro cuadro la riqueza de colorido, el vigor de sentimiento y la majestad de las actitudes que sobresalen en la espléndida pintura italiana, que, para gloria de la humilde iglesia de Guadalajara, hay que convenir en que San Antonio es debido al inspirado pincel que produjo La Flagelación y El Triunfo de Judith, que enriquecen el museo de Venecia.

El cuadro de San Antonio tiene tres metros de altura sobre metro y medio de ancho, por lo que las figuras humanas en él representadas, tienen algo más de la talla ordinaria. El escenario lo constituye la celda del santo: a la izquierda se ve una mesa tosca, sobre la cual medio se vislumbra una escribanía y se distingue claramente un libro abierto; cerca de ella, una silla de convento, dura y sólida; en el fondo, hacia la derecha, vagamente dibujado, el basamento enorme de una columna que, menos que verse, se adivina; el piso, desnudo y frío, cual conviene a una mo-

rada conventual de aquellos tiempos de verdadera severidad monástica. En primer término, hacia la parte superior, se ve descender al Padre Eterno entre radioso nimbo y sostenido aparentemente por nubes de vigorosa entonación; en seguida, una animada guirnalda de primorosas cabecitas de ángeles, en escorzo, que, absortas y llenas de júbilo, contemplan al Espíritu Santo, destacado en forma de paloma en el centro luminoso de una irradiación espléndida; y a la diestra otros ángeles, que reciben sobre sus redondos hombros parte del manto escarlata del Padre Eterno. Casi enfrente del interesante grupo anterior se ve descender en el seno de una gloriosa aureola y apoyados los piesecitos en las rubias cabezas de otros ángeles bellísimos, el Niño Jesús, en ademán de bajar a los brazos de San Antonio, quien, postrado a medias, lo espera, radiante de felicidad mística; y otros dos ángeles, de mayores dimensiones, como lo exigen las leyes de la perspectiva, se encuentran al pie de la mesa, con el aire de niños que juegan, el uno con la simbólica rama de azucenas en lo alto; el otro sentado, en actitud de levantar un voluminoso *in folio* que yace en el piso.

Tres son los caracteres sobresalientes de este cuadro: la amorosa expresión que parece animar al Dios Infante al descender a los brazos de su leal siervo; la actitud mirífica del santo y la unción de que está poseído; y los dos angelitos que se ven al pie de la mesa, palpitante y real la franca alegría que rebosa en el rostro infantil y atrayente del que enarbola la rama de azucenas; asombrosa la naturalidad, la vida, pudiera decirse, del que intenta alzar y sostener con sus rollizos pero aún impotentes bracitos, el gran libro aforrado en pergamino, que parece va a desprenderse del cuadro y a caer sobre el enladrillado de la iglesia, con insólito estrépito. La figura del Niño es ideal, divina, hablando propiamente; y la aureola formada por vívida luz, que lo circunda; la lozanía y belleza de las cabecitas de ángeles en que parece apoyar el pie, y el florante jirón de púrpura que a guisa de velo lo en-

cubre a medias, forman vigoroso contraste con las tintas oscuras de la celda, la austeridad sombría del hábito azul-gris del santo fraile, y despiertan en el ánimo de quien contempla el cuadro mil ideas que en confuso agrupamiento brotan en la mente, entre las que descuellan visiones de vida celestial, aspiración de goces infinitos, escenas de la Edad Media, poemas místicos, fe sin límites y delirios extáticos...

*

* *

No eran muy frecuentes los viajes de mi familia a la ciudad. Además de que las labores cotidianas reclamaban la presencia constante de mi padre en la hacienda, era en aquellos tiempos costumbre adoptada entre los propietarios campesinos del Valle del Cauca en general, y de Guadalajara en particular, la de permanecer la mayor parte del tiempo en las casas de campo y no acudir a los poblados sino por muerte de un obispo, como suele decirse vulgarmente. De ahí resultaba que las habitaciones rurales no sólo eran más cómodas sino que estaban mejor atendidas que las casas de la ciudad, las cuales permanecían cerradas y solitarias casi todo el año, y las calles de la población se veían desiertas y enyerbadas como las de las últimas aldeas.

En ciertas horas del día, si no era la tosecilla de alguna vieja que regresaba del templo a su casa; el rechinar estridente de las veletas de hierro, terminadas en una cruz, que por entonces coronaban los tejados de todas las moradas, y hoy caen unas en pos de otras, sin que, indiferentes ante la desaparición de todo signo de verdadera espiritualidad, tomemos nota del hecho, no obstante constituir él un síntoma de los tiempos que corren; o el roce áspero del viento entre el tejido reseco de las palmas benditas (desaparecidas también) que, puestas al través, decoraban las salientes y macizas ventanas, pintadas, por lo común, con tierra roja, no se oía otro ruido en aquellas calles va-

cías que un sol abrasador iluminaba con sus rayos de oro.

Las acequias abiertas en medio de las vías públicas, algunas de las cuales se muestran hoy menos descuidadas, ostentaban en sus márgenes y aun en el lecho mismo, una abundante vegetación acuática; y al abrigo de esos repulsivos yerbajes, que casi ocultaban el agua a las miradas del transeúnte, vivían tranquilamente legiones de sapos que desde la *Oración* (1) entonaban lúgubres coros, tétrica melodía que llevaba el espíritu a los pensamientos más melancólicos y alternaba con las monótonas voces de las personas piadosas que rezaban el rosario dentro de sus casas, mientras llegaba la hora de *refrescar*. Denominábase así el acto de apurar una jícara de espumoso chocolate preparado en el brasero del corredor principal; nutritiva y sabrosa bebida que, al derramarse sobre las brasas, por efecto de los repetidos hervores, esparcía en la vecindad aromas provocativos. Un platito de melado o de dulce de naranja con queso fresco, sobre el cual se tomaba el agua cristalina del Guadalajara, servida en un gran jarro de plata de piña, completaba aquel *refresco*.

Cuando los incontables batracianos de las acequias cesaban en su lúgubre canto, los ganados de diversas especies que acudían de los campos inmediatos, circulaban en completa libertad por la desierta población en altas horas de la noche, e interrumpían el sueño de los pocos habitantes con las cornadas y coces que daban en las puertas y ventanas al lamer la parte baja de las paredes y esquinas de los edificios.

Notablemente diferente era el aspecto de la población guadalajareense en ciertas épocas determinadas, como Navidad, Semana Santa y Corpus, o cuando se

(1) Decíase así en otro tiempo al hablar de los momentos que suceden a la ocultación definitiva del sol, en los cuales las campanas de las iglesias convocaban a los fieles a la plegaria vespertina de diez o más años a esta parte se dice la hora del Ave María.

acercaba la solemnidad de las solemnidades: Rogativa y Procesión del venerado Santo Cristo Milagroso, fiesta sumamente concurrida por peregrinos que acuden de muchas leguas de distancia. La transformación era completa y de verse entonces el movimiento y la animación que reinaban por todas partes y formaban resaltante contraste con la soledad y el silencio de los tiempos ordinarios.

Si se trataba de la Semana Santa, por ejemplo, desde la anterior, o sea, la llamada Semana del Concilio, empezaban a llegar las familias, por grupos aislados o en caravanas numerosas, precedidas de todos los servidores de ambos sexos, y acompañadas de pajes o peones, conductores de caballerías cargadas de *jigras*, *gochubos* o *petacas*, en que se traían las abundantes remesas de comestibles preparados con esmero para proveer la despensa urbana. No es raro ver, acomodados entre el mundo de *guambias* y demás *tremotiles* que abrumaban con su peso a los pobres caballejos, ya un cordero cebón, un *chivo* en idénticas condiciones, o un par de *bimbos* (pavos comunes) que, al entrar en las calles, alborotaban la ciudad con sus graznidos estrepitosos.

A la llegada al lugar, cada familia se instalaba en su habitación, enmohecida, si puede decirse así, por el estado de abandono y soledad en que había permanecido muchos meses; y después, todos se entregaban en cuerpo y alma a las funciones religiosas, que empezaban lúgubres y contritas pasado el Domingo de Ramos, para terminar en los regocijos de la Pascua de Resurrección.

Cuando la sociedad de Guadalajara se integraba así, llevábase en esta ciudad vida de contento, bien distinta, por cierto, de la que ha tocado en suerte a la juventud de hoy. Existía verdadera cordialidad en las relaciones, lo mismo entre las gentes principales, en cuyo seno había personas de relevante mérito y gran respetabilidad, como entre las de condición humilde, que se distinguían por la sobriedad y el amor al trabajo.

La hospitalidad era ejercida entre nosotros con tal largueza y, por decirlo así, de un modo tan patriarcal y a la antigua, hasta treinta o más años atrás, que un viajero podía pedir hospedaje en la puerta de cualquier hogar, fuese éste el del capitalista más acaudalado o el de un simple jornalero, con la seguridad de ser bien acogido y mejor tratado, gratuitamente, se entiende, pues la institución de fondas y hoteles es cosa de los últimos veinte años, impuesta por el cambio de costumbres.

En aquellos tiempos de oro, un respetable caballero, conocido familiarmente con el nombre de *El Colorao Caicedo*, fundador de una familia distinguida y dueño de la valiosa hacienda llamada "La Paila", mantenía cierto número de caballos gordos en una dehesa inmediata al camino público, para que se sirvieran de ellos los pasajeros que llegaban allí con sus caballerías cansadas, las cuales dejaban en reemplazo de las alentadas que tomaban, y las recibían al regreso en muy buen estado, sin que por tan importante servicio se les interesase un centavo.

Cuando algún personaje o una familia principal emprendían viaje de una a otra población del Valle, ya era sabido que las jornadas se distribuían entre las diversas haciendas de relacionados y amigos, por lo que constituía motivo de verdadero resentimiento el preferir posada y mesa en parte donde no mediaran las mismas relaciones de amistad. En el primer caso, la mejor pieza de la casa era para el huésped; el *coquito* con pie de plata en que habitualmente tomaba chocolate el jefe del hogar y era prenda que se transmitía de padres a hijos, se destinaba en esas ocasiones para que sirviera con idéntico objeto al viajero; para éste el mejor caballo de la hacienda, si en el que montaba había enfermado; la cama a él destinada, lucía sábanas y fundas de género de lino, bordadas en *catatumba* y aromatizadas con albahaca y malvillas; y la mesa, tendida, como suele decirse, de mantel largo, mejoraba para aquella circunstancia en proporciones considerables, por supuesto, en relación con los recursos del

anfitrión. En una palabra, la hermosa virtud de la hospitalidad, tan reverenciada por los pueblos antiguos, se practicaba en otros tiempos en el Valle del Cauca con toda la amplitud y generosidad de los sentimientos verdaderamente cristianos.

En punto a fruiciones y goces sociales, no puede negarse que la diferencia es considerable entre el pasado y el presente. Las familias, animadas por un loable espíritu de expansiva cordialidad, se congregaban con frecuencia y destinaban ciertos días propicios para paseos a las amenas lomas de "Las Termópilas", poco distantes de la ciudad, hacia la base de la cordillera; al sitio de "Cañizales", no lejos del río Cauca, y particularmente al "Charco del Burro", agreste y risueño paraje, animado por los clamores del Guadalajara.

En el primero de aquellos lugares se organizaban cacerías de venados, muy abundantes en las cañadas y vallejuelos, las cuales terminaban con rústicos banquetes, servidos sobre la yerba de la pradera, a la sombra de los higuerones, en los cuales banquetes eran festejados y aclamados por las damas los cazadores afortunados que más se hubieran distinguido en la jornada por su destreza y audacia.

En el "Charco del Burro", después de refrigerante baño en pozos cristalinos, se servía a las señoras abundante colación compuesta de dulces delicados y algunas copas de exquisito vino o regalada mistela, y la tarde terminaba con danzas señoriles, que se bailaban sobre la tupida grama, a la sombra de los chiminangos y de los arrayanes, al son melodioso y acompasado de vihuelas y bandolas. Al declinar el día alzabase la luna llena, radiante y pura, sobre un cielo de porcelana azul, digno fondo de la majestuosa cordillera; y alumbrado el regreso de los paseantes por la dulce claridad del astro de la poesía melancólica, volvían a sus hogares, alegres y sin remordimientos en el espíritu, porque en esas sencillas y decorosas reuniones se combinaban el respeto y la cordialidad con las efusivas manifestaciones de recíproca estimación.

La popular fiesta de Navidad, denominada común-

mente Noche-buena, servía de grato pretexto para dar pábulo al sentimiento de sencilla obsequiosidad que alentaba en las familias. En la mañana de aquel día clásico veíase por esas calles de Dios, así a las servidoras de las casas ricas, como a las humildes criadas de las pobres, quienes emperejiladas con sus mejores atavíos, que a medias cubría el rebozo de fina bayeta azul, de Castilla, conducían de esta habitación a la otra, y de aquélla a la de más allá, cruzándose por todas partes, como festivas mensajeras del dios regalo, grandes fuentes de porcelana antigua o enormes tazas de cristal tallado, colmadas de cuantos primores ha sabido inventar para estos solemnes casos la repostería caucana.

No eran en aquellos lejanos tiempos tan raros como pudiera creerse, los bailes y las tertulias caseras, en los cuales se bailaba *redowa*, *warsoviana*, *polka*, valse redondo, contradanza, lanceros y, a lo último, cuando el buen humor se revelaba por gritos de ¡viva mi pareja!, el democrático bambuco, que casi siempre era bailado por los dueños de casa o por algunos convidados de respetabilidad, entre quienes no faltaba nunca un valiente solterón de canas, que se subía a una silla en la mitad de la sala y brindaba con vino *seco* por la salud de las *buenas mozas*, en general, y por *la que precisamente...* en particular! En la época a que se contraen mis recuerdos, esto es, casi cuarenta años atrás, ya no se bailaban *moño*, *caña*, *capituse* y otras danzas antiguas, que no sobrevivieron mucho al período colonial.

También era frecuente en las noches hermosas de luna ver a las familias reunidas en numerosos grupos, sentadas en las amenas vegas del Guadalajara, ya por los lados del "Puente", ya en otros sitios adecuados al efecto; y en esas modestas reuniones, que generalmente tenían por objeto departir sobre asuntos agradables de crónica local, disfrutar de la serenidad nocturna y tomar la fresca agua del río, después de estimular la sed con algún *dulce* exquisito, no faltaban algunos aficionados al canto, quienes, inspirán-

dose en el bello espectáculo de un cielo limpio y cuajado de luceros, o movidos por un sentimiento más tierno, entonaban lindas canciones, con acompañamiento de guitarra, como aquella que principiaba:

“Perla preciosa, en el ocaso hallada
Por mi ventura a orillas de la mar...”

O aquella otra, que decía:

“Por la postrera vez vengo, ángel mío,
A turbar con mi voz tu dulce sueño,
Ya que no pudo mi ardoroso empeño
A tu insensible corazón vencer.”

El rumor de las corrientes del Guadalajara, que brillaban a la luz de la luna como hervideros de plata en fusión; el aire fresco de la noche, cargado con la fragancia suavísima de los azahares y de las flores del café; y los melancólicos dejes de las voces trémulas de los cantantes producían gratas emociones en el ánimo de las personas reunidas allí, y exaltaban en ellas el noble sentimiento de la benevolencia, alma de las relaciones sociales.

¿Qué resultaba de todos esos y otros muchos medios de suavizar las asperezas de la vida, de que no esquivaba servirse entonces nuestra sociedad, por no considerarlos opuestos a lo que Dios y su santa ley mandan?... Dulzura de la existencia; acrecentamiento de cordialidad en las relaciones; mejora de los usos y prácticas sociales; aumento de cultura por el cambio recíproco de ideas, como resultado del roce frecuente entre unos y otros miembros de la colectividad, y consagración tácita de las reputaciones que se hicieran dignas del acato público, ya por la posesión de luces, ya por la práctica de excelsas virtudes.

Que no todo era de color de rosa en aquellos lejanos tiempos, y que en medio de esas apacibles costumbres vivían arraigados, como las malas yerbas en los sembrados útiles, instituciones y hábitos poco conformes con los eternos principios de bondad y verdad y,

por lo mismo, alteraban la alegría general del cuadro, nadie podrá negarlo. Pero no por eso es menos cierto que llegan épocas para las sociedades en las cuales se echa menos todo lo bueno que ennobleció el pasado, sin que la mirada investigadora del observador descubra aquello que en el orden nuevo de las cosas reemplace lo que se desechó por juzgarlo incompatible con las exigencias del presente.